



*“La comida está sosa, no tiene gusto, mamá” –dijo Sandra prolongando en la crítica a la comida la discusión que había tenido hace algunos momentos con su mamá, Matilde, pero que en realidad se arrastraba desde hacía diez años. El tema era el de siempre. La desilusión de su madre porque Sandra dejó la carrera de abogacía en segundo año y quiso estudiar magisterio. Disgusto agravado algunos años después cuando se empeñó en tomar un cargo de maestra de grado en una escuela ubicada en un barrio alejado de la estación de tren. “No te alcanza con vivir en el conurbano que querés trabajar en el conurbano del conurbano” –le decía Matilde para mortificarla. Y luego agregaba: “Yo sé quién te puso estas ideas en la cabeza”.*

Matilde estaba convencida de que su propia madre y su esposo habían influido en esas decisiones que, según ella, habían desviado a Sandra de su vocación y hasta de la felicidad. La abuela Mary había sido Maestra Normal Nacional y siempre recordaba con cariño sus experiencias docentes. Fue ella la que le enseñó a leer y escribir a Sandra antes de que entrara a 1° grado. Fue ella la que le regaló un pizarrón y tizas para que jugara a la maestra de pequeña y la que le ayudaba a preparar sus prácticas cuando estudiaba en el profesorado. Fue ella la que la llevó –sin avisarle a Mary!– a la Marcha Blanca de 1988 y la que le enseñó a rezarle a una estampita con la imagen de Evita en el secreto de su habitación, junto con una medallita de la Virgen de Luján. Fue ella la que le enseñó a cuidar y amar a los jazmines que cultivaba con esmero en el patiecito del fondo. Cuando enviudó, Mary se había mudado a la casa de Matilde.

El esposo de Mary, Isauro José, también recibía su parte de culpa. Matilde le recriminaba el nombre: *“¡Mirá que ponerte Isauro! ¿En qué estaba pensando tu padre cuando fue al registro civil a anotarte?”* Nunca lo llamaba por ese nombre, como queriendo borrar un mal recuerdo. Es que Matilde y José (para no decir Isauro) habían venido de Tucumán a principios de los '70, recién casados y buscando un futuro mejor. Una vez que Sandra le preguntó a su papá por el nombre *Isauro*, él le respondió que se debía a un amigo del abuelo Alfredo que era maestro en su pueblo. Sandra notó que cuando le explicó el motivo de su nombre los ojos de su papá se llenaron de lágrimas y se levantó mansamente simulando la necesidad de ensillar el mate. Isauro José era obrero metalúrgico y de pocas palabras. Sandra aprendió de él la importancia de la lucha de los trabajadores y de los sindicatos. ¡Qué sonrisa le regaló Isauro cuando le comentó que en la escuela la habían elegido delegada, a instancias de su compañera Stella!

La abuela Mary murió, hacía ya cuatro años, cuando no pudo sobrellevar una neumonía. Dos años después a Isauro José le falló el corazón por un infarto de angustia cuando cerró la fábrica en

tiempos de neoliberalismo y escuelas con hambre. Ante tanta pérdida Sandra sospechaba que las prolongadas discusiones con su madre eran una forma de sobrellevar el dolor de las ausencias.

El no sentir el gusto a la comida y no oler la torta que se estaba quemando en el horno fueron las señales que dispararon el miedo cuando el termómetro trepó a 39°.

*“Yo te dije, yo te dije...”* –le recriminaba la madre para no dejar salir sus propias lágrimas– *“¿para qué tenés que ir a la escuela a repartir bolsones de comida? ¿Hacía falta preparar mate cocido para los chicos que iban a buscar la tarea?”*

Un vecino, Agustín, las llevó en su camioneta hasta la guardia. Sandra sólo atinó a tomar de la mesita de luz la medallita con la imagen de la Virgen de Luján, que había sido de su abuela, y la llevaba apretada en su mano, como quien se aferra al mismo tiempo a la desesperación y la esperanza. Al ingresar las separaron y luego de hacerle un hisopado a la madre la enviaron a su casa bajo la orden estricta de aislamiento. Sandra quedó internada, primero en una sala de observación, luego en terapia intermedia y, como un *curriculum* para la tragedia, al tercer día ingresó en terapia intensiva.

\*\*\*

Era ya la tarde convirtiéndose en noche. Sandra lo supo por la espalda encorvada y el ruido de los pasos de las personas que ingresaban regularmente a controlar los monitores. ¿Se darán cuenta que los pies se arrastran más a la tarde que a la mañana? –se preguntó en el sopor que le provocaban los calmantes y la penumbra. Se quedó dormida y soñó con la escuela y el auxiliar Rubén, su “complice” (como la cargaban sus compañeras) de la cocina. El sueño se convirtió en pesadilla, aparecía su madre gritando entre llantos *“¡yo te dije, yo te dije!”*. Cada grito era una llamarada explosiva que la arrojaba lejos de la escuela y ella se levantaba para volver a entrar. Alcanzó a escuchar que los sonidos de los monitores perdían su ritmo y el pecho le explotaba, pero para adentro. Entonces entró una enfermera, revisó los monitores, le acomodó la mascarilla y, cuando Sandra esperaba que se fuera, se sentó a su lado y le tomó la mano.

*“Tranquila, m’hijita, tranquila”* –le repitió varias veces. Sandra se durmió escuchando el *“Tranquila..., tranquila...”* como una canción de cuna y sintiendo el calor de esa mano (¡sin guante!) que abrigaba la suya.

Amaneció. Abrió los ojos y la voz de la doctora le habló detrás de la máscara: *“¡Qué noche, Sandrita!, estuvimos a punto de entubarte, pero por suerte la medicación empezó a hacerte efecto. Mejoró mucho tu nivel de oxígeno en sangre”*. Sandra también se sentía mejor y dijo, apenas susurrando, *“yo también siento que respiro mejor. Dígame gracias a la enfermera que me acompañó durante la noche y me tranquilizó”*.

*“¿Qué enfermera?”* –preguntó la doctora.

*“Una mujer un poco mayor que estuvo sentada al lado mío un buen rato”* –contestó Sandra.

*“¡No te digo...! –la interrumpió la doctora– estuviste delirando. Con todo el trabajo que hay si una enfermera se sienta, ¡la rajamos!”* –agregó con una carcajada. *“Además –precisó– ninguna enfermera aquí tiene más de 40 años.”*

*“¿Alguien trajo flores?, porque ya puedo oler jazmines”*, se escuchó la voz tímida de Sandra.

*“Y dale con el delirio, Sandrita–siguió la doctora en tono jocoso– aquí el único olor que hay es a desinfectante mezclado con el de los pañales descartables. Mejor no inventés cosas para irte más rápido.”*

\*\*\*

*“En casa encerrada por dos semanas y cada cuarenta y ocho horas te comunicás con el equipo de seguimiento para ver cómo estás”* –le dijo María Laura simulando firmeza para no mostrar emoción, mientras chocaba su codo derecho con el izquierdo de Sandra.

Habían pasado diez días desde aquella “noche de jazmines” como la cargaban las enfermeras cada vez que entraban a controlar su estado. El mismo vecino le hizo la gauchada de ir a buscar al hospital, cuando le dieron el alta. Había sido compañero de su papá en la fábrica. Lo que más le dolió fue no poder abrazar a las personas que la habían atendido y a algunas ni siquiera verles el rostro. De todas maneras pudo adivinar sus lágrimas detrás de las máscaras de plástico, lágrimas que se hermanaron con las suyas propias. Mientras bajaba la escalinata del hospital Sandra pensó *“después de esta pandemia **andar a los codazos** será un sinónimo del verbo **amar**”*. En todo el trayecto Sandra apretaba en su mano izquierda la medallita de la Virgen de Luján que colgaba de su cuello con una tirita de gaza que alguien le había improvisado en el hospital para que no la perdiera mientras estaba sedada.

Entró en su casa y su madre estaba calentando el agua para tomar unos mates. Sandra notó que había dos mates preparados, uno era el jarrito enlozado que le gustaba a su papá y hacía rato que no se usaba. Con un ademán mínimo de su mano Matilde le indicó ése era para ella y agregó: *“me dijeron que no podemos compartir ni el mate ni la bombilla...”* y como sugiriendo una vida nueva que comienza agregó *“...pero sí podemos compartir el agua”*. Recién ahí se abrazaron y unieron sus llantos. Era agosto, no correspondía ni era lógico, pero Sandra pudo sentir, sin lugar a dudas, un aroma de jazmines que perfumaba toda la casa.